

## EL PIANO DE CRISTINA<sup>1</sup>

Yuri Pérez<sup>2</sup>

Hay una copia en papel fotográfico de la obra de Banksy. El soplo de San Bernardo perfora la arquitectura de la niña que Banksy pintó. Él la matizó a la europea, de pelo rubio, flaca, sin imaginar que estaba pintando a una chilena. Banksy estuvo en Inglaterra vestido de overol, solo, tanto como el inmutable muro que la niña engalana. La copia de ese acto descansa sobre una mesa de vidrio, en una casa de ladrillo y madera. La casa de Cristina en San Bernardo. El globo que aparece en la copia de la obra de Banksy escapa cuando Cristina detiene el paso. La esfera con carácter de corazón toma un lugar definitivo en calle Bulnes. Calle donde está la casa materna de Cristina. Algo debía perder la niña rubia y flaca que está con la mano estirada en el muro; un pez, una paloma o un diente de león. Pero Banksy no está vinculado a los peces, ni a las palomas, ni al diente de león que brota en las acequias de San Bernardo. Entonces lo que escapa es un corazón.

La niña que está en la copia de la obra de Banksy es provinciana. Nació en Machaly, cerca del vuelo de los cóndores. Es hija de padres descendientes de europeos. Por eso no tiene rasgo mapuche. Ella es dueña del espacio que otorga el muro. El globo no es propietario del soporte, el globo es la extensión de la sonrisa de Cristina y, la sonrisa que abandona el rostro es un hálito. La niña que pintó Banksy no es inglesa, ni siria, ni palestina, ni española, es chilena y tiene alma de pueblerina. Odia las grandes ciudades. Quizá por aquello Cristina es todas las niñas que llevan vestido, es todas las niñas que llevan pantalones. Y no es admiradora de Banksy, solo es fanática de Ana Gabriel y es carcajada, risotada, algazara, regocijo y jolgorio. Es una lista se equivalentes.

---

<sup>1</sup> Obra en progreso.

<sup>2</sup> Yuri Pérez (San Bernardo, Chile, 1966). Escritor y editor. Comenzó publicando poemas, para más adelante, escribir casi exclusivamente narrativa. Entre sus poemarios, nombramos *Mala yerba* (1998), *Antología registrada* (2001) y *Ceremonia del Cristo blanco* (2004). En el ámbito del relato ha escrito la narración *Suite* (2008) y las novelas *Niño feo* (2010), *Mentirosa* (2012), *Virgen* (2017) y *Diario de provincia* (2021). Ha sido distinguido con el Premio de la Crítica de Chile (Narrativa) y con el Premio Municipal Literario de San Bernardo. En la actualidad realiza clases de escritura y fomento lector en colegios de la Región Metropolitana y en su comuna.

¿A quién mira ese hombre que va en bicicleta? ¿Me mira a mí? ¿Por qué lo hace si solo estoy sentada sobre una piedra conversando con mi amiga Marcela? Si me sigue mirando de ese modo va a chocar con la camioneta del lechero y Marcela se va a cagar de risa. El hombre se abrirá el cráneo y lamentará ser un tanto sicópata. Yo soy bruja, soy pitonisa. Veo tres metros adelante. Por lo mismo creo que el hombre caerá con la bicicleta bajo la camioneta blanca que maneja alguien que no conozco. Ahí explotará su cabecita. Como en una celebración de confetis. Por Dios; si el caballero no fuera así de obsesivo conmigo, si al menos dejara de mirarme el cabello los ángeles lo perdonarían. Pero no, es porfiado el viejo feo.

Así será: se va a romper los sesos y yo no podré seguir hablando con Marcela sobre las tareas del colegio, ni sobre lo aburrido que es estar en casa encerrada fregando el piso. Yo conozco al hombre ése. Vislumbro, desde la piedra en que estoy sentada, la casa donde vive y la esposa que tiene. Es una señora que vende chunchules y prietas a los carabineros de la comisaría de la otra cuadra. Es buena gente. También me doy cuenta cuando el hombre pasa fumando marihuana. Ahora mismo, justo ahora va a caer bajo la camioneta y Marcela me pasará el cigarrillo para que me lo termine. El hombre es policía chileno, yo soy Cristina Figueroa Velásquez.

## FOTOGRAFÍAS

### 1

Cristina sentada en la cuneta. Cristina sentada en la cuneta tomando Coca-Cola. Afirmada en el canalillo de un negocio de confites, escapando del sol, el mismo que le avergüenza las mejillas. Cristina odia el calor porque la subyuga, tanto que para aliviarse busca la sombra de la cuneta del negocio de confites.

Cristina está maquillada con delineador de ojos, lleva puesta una camiseta blanca que le queda despegada de cuerpo. La camiseta le hace ver más rubia y sofocada. La camiseta en la parte delantera tiene una foto de la Torre Eiffel. Cristina nunca ha estado en Francia, no le interesa Francia, solo estuvo en Estocolmo el año 2003. ¿Haciendo qué? Ni idea.

Cristina tiene a ambos lados un par de bolsas con pan y fiambre. El fiambre lo compró porque hace días no prueba el jamón de pierna. Para algunos eso se llama merienda, para Cristina es el té de las siete de la tarde. Las bolsas que tiene a los costados son de nylon, blancas y de nylon. Además de lucir una camiseta, Cristina calza jeans despintados. El fleco de la mezclilla flaquea con la brisa desde todos los extremos. Tiene zapatillas de lona marca Topper, "Industria Argentina". Las zapatillas las recibió como regalo de cumpleaños. Cuando cumplió 25 años y había sido madre por segunda vez. Hoy, con dos hijos, tiene derecho a sentarse en la cuneta a descansar y mirar cómo la provincia se transforma en una caja de edificios habitacionales. Cristina desconfía de los migrantes. Ella es la postal sorpresiva de una cabra ruborizada que

bebe Coca Cola sentada en el canalillo de un negocio de confites y abarrotos. Eso ya lo sabemos, sí, pero es bueno repetirlo porque en Chile la gente tiene mala memoria. Cristina no soporta el calor, detesta a las mentirosas, a los militares, pero ama, (por siempre madre mía por siempre) las canciones del brasileño Roberto Carlos.

## 2

Los militares entran a casa de Cristina. Al amanecer. Golpean la puerta en busca de comunistas. En casa de Cristina no hay comunistas, solo hermanos mayores que trabajaban en labores menores. Los militares llegan como si fueran dueños del living (sintís el encierro). Están agrupados como un pelotón de fusilamiento. Cristina está ahí con diez años. Con diez preguntas para explicar lo que pasa, con diez temblores por el temor y la incertidumbre. A Cristina le ponen el cañón de un fusil en el pecho, la empujan con el cañón del fusil hacia atrás, ella da pasos entrecortados, diez pasos de diez años.

Cristina no entiende qué pasa, ni qué pasará. En casa no fabrican panfletos sobre la revolución socialista. Al pelotón le informan mal. Les dan la dirección errada. (Un, dos, tres cuatro, cinco, seis y siete; no me ves, no me ves ni me verás porque el bosque está en llamas; el bosque está entrete). Cristina quiere ser vendedora de ropa usada, quiere salir de casa y correr como Forrest Gump. Así estaría más cerca de la felicidad. Diez felicidades para una cabra chica de diez años en un Chile extraño, genéticamente hablando.

Cristina lleva en el pecho la marca de un cañón de Subfusil Aguijón, fusil de asalto MK7. Un pequeño círculo que está sobre el ombligo, un poco más cerca del pecho. La marca es color rosa, a veces morada con ribetes verdes. Cristina la mira cuando está en la ducha y se pregunta cuándo mierda saldrá esa marca de su piel. Y como Cristina es blanca y flaca, la marca del cañón del fúsil cerca de su pecho es como un tatuaje circular, algo parecido a un mandala. Un mandala de ribetes verdes. Cristina teme a los uniformes de cualquier tipo: le asusta el verde mimetizado, le abruma saber que existen fusiles de guerra en manos del narcotráfico, le cansa recordar a los militares que entraron a su casa buscando comunistas cuando aún ella no cambiaba los dientes de abajo. Cristina es descendiente de española.

## 3

En casa de Cristina hay un reloj de pared. Es cuadrado. Se ve; un reloj cuadrado no es habitual, los circulares, sí. Los venden habitualmente en negocios de venezolanos que llegaron a Chile. Las patas que nacen desde el centro de la anatomía del reloj se mueven en tiempos distintos, y es otro reloj, ajeno al que habitan, el que las controla. Una vara es larga y angosta como Chile, otra es gorda y corta como Uruguay. La minutería, mientras Cristina gira hacia el otro lado de la cama, se menea luego de un tiempo, da un brinco de sapillo, prospera y coloca la nariz cerca de la placa del costado. Si está ahí es que el tiempo avanza hacia delante. Si se detiene y nada más realiza

el gesto del brinco y no salta, la minutería ha entrado en un plano de agonía. Algo en su sistema mecánico tiene cables rotos y, lo más probable, es que requiera lubricante sintético. Cristina no conoce el lubricante.

Cristina lo compró, lo hizo cuando fue conmigo en busca de ideas para emprender un negocio en un futuro cercano. No es que vaya a vender relojes de arquitecturas variopintas, no, está definiendo qué comprar para ir a vender a la feria los días sábados. Ahí en la feria hay personas, mujeres sobre todo, que venden relojes, pero Cristina tiene problemas existenciales con los relojes.

La otra vara, la segundera, avanza con la rapidez de las arañas, sube por el lado izquierdo de la cuadratura hasta rozar la placa de arriba, la de las doce. Esta varilla parece que acariciara el punto cero, pero no, solo descansa ahí por un rato. Cristina intenta moverla con la mente pero no le alcanza la fuerza. Entonces se queda mirando la varilla segundera con una sensación de fracaso.

Cuando llegamos a casa con el reloj de pared, Cristina me pidió que le colocara pilas, pero de las mejores. Entonces compré Duracell. En el reloj de pared de Cristina el tiempo pasa por encima de las varillas. Cristina lo quiso cuadrado porque el cuadrado marca los límites con una línea recta. Y a ella le gusta que todo esté en línea recta; el doblar de la sábana, el doblar de la cubrecama y las blusas colgadas en el closet.

#### 4

Cristina está en la ducha. Tarda varios minutos en la ducha. Echa el cabello hacia atrás, por encima de la espalda y se aplica champú Ballerina “efecto aclarado natural”. Friega el champú sobre el cabello con movimientos suaves, como si estuviera amasando harina para preparar panqueques. Vuelve e despliega el cabello sobre su espalda e inclina la cabeza hacia atrás para quitar el champú de las puntas.

De vez en cuando le cae agua a la boca. Cristina escupe. Escupe cada vez que une los labios como una trompa. Ahí el agua con champú cae. La espuma resbala por sus pechos hasta el ombligo. En el ombligo se queda el burbujeo, quizá pensando, tal vez buscando una razón para, por fin, dejar de ser un estorbo. A Cristina no le incomodan las pompas en el ombligo porque lo primero es el cabello. El ombligo puede esperar, es poco importante.

Luego del enjuague Cristina se agacha y toma el acondicionador fabricado en una zona periférica de Santiago de Chile, (comuna de Recoleta). Si no conoce Francia, tampoco ha estado en Recoleta, la comuna de origen comunista. Como sea, el acondicionador que utiliza es de coco sintético. Lo extiende y propaga por el cabello, desde la mitad hacia abajo. Y otra vez friega el acondicionador del mismo modo en que fregó el champú. Y extiende por un costado del hombro el cabello para poder mirarlo. Luego lo deja, otra vez, la melena sobre la espalda.

Ahora Cristina toma la esponja de baño, la pasa con la mano derecha por todo el cuerpo. Parte por los pechos hasta llegar a los tobillos. Luego jabona espalda y

piernas. No es espuma de jabón la que utiliza, es la espuma del champú. Cuando ya ha terminado y los gestos del bañado disminuyen la intensidad, Cristina busca otra toalla en la parte superior de la cortina. Con esta toalla se cubre el torso. Antes de salir de la bañera coloca una toalla de menor tamaño sobre su cabeza. Sale de la ducha, se para frente al espejo, comienza a secar lo que aún está calado y cuando lo hace, mira de reojo los calzones y los sostenes que ha elegido para hoy, hoy que es viernes y que no debe ir a su negocio de aliños. Cristina es vanidosa.

## 5

Con Cristina caminamos por San Bernardo viejo y a un costado de nosotros hay ventanas. Detrás de los vidrios se ven maceteros. No puedo decir a ella que miremos las ventanas porque acabamos de conocernos y puede ser extraño que yo le pida que miremos lumbreras. Tenemos trece años. Yo le pregunto su nombre y, aunque ya lo sé, me gusta oírlo salir de su boca. Ella lo dice – Cristina Angélica Figueroa Velásquez-. Ahí cuestiono la necesidad que tiene de señalar su nombre completo. Yo solo soy Yuri.

Ella va de uniforme de colegio y en las ventanas que están cerca de la vereda se ve su silueta: delgada, azulado el jumper y un pelo planchado que se aúpa con el viento. En las ventanas cuelgan banderas chilenas porque somos un país nacionalista. Hay olor a patriotismo y a militares. Cristina fuma y parece que no me escucha. Mira el cigarrillo y empuja el humo por el costado derecho de la boca. Es hábil con eso. Una maestra.

Cristina tiene rostro de australiana, linda ella, feo yo. Tiene caminar seguro, yo camino antiestético, como caminan los grotescos, zigzagueando hasta perder la estabilidad en las rodillas. Tembleque. El asunto es que vamos por calle Bulnes, que es la calle donde está la casa de Cristina. Cruzamos la comisaría protegida por guardias vestidos de negro. Son escoltas que cubren las espaldas de los generales. Los altos mandos tienen miedo de ser decapitados. ¿Por quiénes? Por el enemigo de los amigos que tiene los enemigos de ellos.

Camino a su casa hay plátanos orientales donde construyen nidos los tijuques. De paso veo un tijuque sobrevolar una bolsa de basura pero no le digo a Cristina. No sabría cómo explicarle que tengo amor por el lenguaje de los pájaros.

En las ventanas me miro y me veo difuso, eso me distrae. Se supone que debiera hablarle, hablarle, hablarle, para demostrar que tengo mundo, pero estoy lejos de tener mundo, solo conozco el pasaje donde vivo y algunas cantinas donde va mi padre a emborracharse. Entonces avanzamos cincuenta metros sin decirnos palabra. Las ventanas de las casonas de calle Bulnes están escuchando aquello que no hablamos y Cristina sigue fumando.

Me dice que la deje hasta ahí, que no puede llegar acompañada hasta su casa. Que no tiene novio, que no quiere tener novio y que su madre tampoco pretende tener yerno. La dejo a una cuadra de su casa. Le pregunto que si se fijó en la ventana donde

había flores de maravilla. Me dice que sí, que ya las conocía, que cada maceta tiene cuatro maravillas. Dice que soy distraído.

## 6

En la habitación había un gallo que cantaba aleteando sobre la ventana del dueño de casa, y el mismo gallo nos recordaba que estábamos tú y yo con dos hijos, un poco a la deriva, intentando establecer una familia, tratando de dibujar un linaje en nuestros bembos. La habitación era de listones y tenía suelo de tierra, ¿te acuerdas? Y el dueño de casa decía tener ascendentes paranormales, aseguraba ser el enviado de Dios. Eso explicaba que señoras enfermas lo visitaran de mañana ¿Recuerdas, Cristina? Conocía perfectamente los alcances de la Biblia, él mismo era una Biblia y de noche se emborrachaba con aguardiente, y puteaba a los grillos y aplastaba con una pala la hilera de babosas. ¿Sí?

Ir a pagar un pequeño alquiler por una habitación oscurecida de castañas viejas fue idea mía. Creí que con una cocina a parafina y una mesa fabricada en plástico peruano estaría todo determinado. Pero no, las casas tienen más de cuatro puertas y baño con tina. En la casucha que rentamos había una puerta y baño compartido con el brujo de la familia. Del muro colgaban patas de conejo atadas con cinta roja y cruces de palos de palqui. Solo faltaba una réplica de Annabelle.

La verdadera virtud del dueño de casa era haber plantado junto a nuestra puerta una ruda. Ella estaba ahí para espantar hechiceros. Finalmente, fue lo único que lo salvó del descrédito general frente a nuestro núcleo. Hice con mi soberbia lo que se hace con las uvas viejas, guardarlas para fabricar mermelada casera. De ese modo creí que te garantizaba a ti y a nuestros hijos, una vida sana, en una habitación chocarrera y picante.

El bebé tomaba leche tuya, tú bebías Coca-Cola, el hijo mayor, leche en caja y yo, vino tinto. Nuestras cenas eran comparables a las de un centro de asistencia social. Suponíamos que así debía ser para dos jóvenes padres. Estuvimos en esa habitación una semana, recolectando chinches y garrapatas. Luego de hablarlo, decidimos volver a casa de mis padres. No había alternativa si lo que buscábamos era lidiar con los cuervos del alba. Respecto al dueño de casa, nunca le creímos sobre sus poderes sobrenaturales. Más parecía un alienígena, con boca de lagarto y brazos como ramales de sauce.

## 7

### *Una silla en la nueva casa*

La silla de mimbre está con cáncer. El carcinoma la tiene tomada de las extremidades. Las patas sobrevivientes son las delanteras. Las traseras fueron amputadas y utilizadas para despabilar fogatas en cabañas unipersonales. El muñón del lado derecho de la silla gotea aceite de olivo. Pobrecita. El izquierdo levanta el dedo meñique con

la esperanza de volver a ser un mueble útil. Esta es la tercera silla de mimbre que agoniza. Antes lo hicieron la silla A y la B. Ahora ambas son alimento de gusanos.

La cancerada es la silla D. No está claro por qué la secuencia lógica del abecedario saltó un lugar. Ni Cristina ni yo podemos explicar la desaparición de la silla C. Solo no existe. Lo que sí es claro es que la D conoce la ubicación de la extraviada, pero no dirá nada porque las sillas con cáncer crean códigos éticos, lealtades de madera.

En el mundo de las sillas no hay oncólogos. Y no podía ser de otro modo, porque así tienen la fortuna de no estar bajo la mirada de vanidosos matarifes. Las sillas saben que los oncólogos son tablajeros que abren a las personas sin motivo aparente. Solo las abren. Quizá con el afán de mostrar cuánto manejan las cisuras. Cristina desconfía de los oncólogos y manifiesta que los médicos son una mierda. Yo le creo. Sus opiniones las tomo como enfáticas porque Cristina es enfática. Lo que dice es, lo que no puede definir le hace guardar silencio: “solo hablo cuando tengo algo que decir” –dice.

La silla D tiene nombre derivado de mesa. Se llama “Mesera de Prostíbulo”, porque cuando estuvo sana, funcionaba de noche. Era una silla puta. Se ubicaba en la orilla del patio a esperar culos. Tenía orgasmos y, sin temor a error, podía mantener sobre sí cuatro culos a la vez. (Libertina la loba). El trabajar de noche produjo fatiga en el trenzado del mimbre, la debilidad promovió el tumor que sobresale de la pata trasera y el resto, el resto es historia.

En un comienzo, la silla D creyó que la protuberancia era lunar de carne. –He tomado sol toda la vida –se dijo. –He debido realizar labores domésticas y nunca me cubrí de los rayos ultravioleta; eso debió ser, sí, eso fue –insiste la desventurada.

Cristina dice que con el aceite de olivo que gotea de la pata se puede condimentar un guiso de zapallo italiano. Ahí está la utilidad del cáncer de la silla. Se debe colocar bajo la pata una taza pequeña, esperar con ella hasta que la silla comience a retorcer su estructura y, cuando el temblor universal agite el ambiente en un radio de dos metros, bajará el aceite de olivo. Es una faena simple –dice Cristina.

## 8

La blusa de Cristina tiene rubores derivados del beige. Beige en Do, en Fa, beige en escala de Re. Los hilos que la tejen emiten sonidos sincopados. Cristina no lo sabe, pero su blusa es música. Entonces, cada vez que sale a la calle, los transeúntes conjeturan que el alma de Cristina es la que se para frente a los semáforos en rojo. Pero no es el alma de Cristina, es la blusa. Las almas existen en un plano distinto. Es la blusa y lo que contiene la blusa aquello que sorprende. Ocurre que Cristina lleva en sí el predominio escénico. La blusa y ella. Si flamea la blusa de un lado, ya tiene ojos mirándola desde los cuatro puntos cardinales. Si Cristina danza en la caminata, el observante tarda medio minuto en caer bajo sus matices. El color beige de la blusa de Cristina se afina en Mi y los descendientes del beige son tonos intermedios que tienen swing contraído. Cristina cree ser virtuosa musicalmente, pero no. Ella solo

carga en el torso a la blusa y junto a ella, va un caminar que no es de chileno. Los botones de la blusa de Cristina Figueroa son címbalos que se magullan para desatar granizadas. Y un címbalo que se golpea es más bello que mil quinientos cuarenta y dos pinos instalados en fila.

**9**

—¿Te sientes bien?

—Sí, bien.

—¿Quieres que vayamos a comprar algo de fruta a la feria?

—¿Puedes ir tú?

—Pero quiero ir contigo.

—Yo estoy ocupada.

—¿Y no te puedes ocupar conmigo o con lo que ves de mí?

—Eres chistoso.

—La chistosa eres tú.

—Qué pesado.

—Descuida, solo bromeaba. ¿Te traigo una empanada de la feria?

—Dos de pino.

—Pueden ser cuatro, así guardas para mañana.

—No: dos de pino.

—Está bien. Finalmente siempre se hace lo que tú dices.

--¿Te molesta eso?

—No, para nada.

—Entonces que sean cuatro empanadas.

—Ok, como tú digas.